

Mario Osses

## Noticiario

«SIETECUENTOS», de Luis Durand. Nascimento, 1950

Es una compilación que el autor de «Frontera» ha seleccionado de varios libros. Aquí están: «Afuerinos», «La Picada», «Vino tinto», «Aprendiendo a brujo», «La carreta de Juan Mardones», «Mi amigo Pidén» y «El triunfo del Cenizo».

Durand es una culminación en nuestra literatura. Comienza después de los treinta, con seguridad definitiva, y durante más de veinte años nos ofrece una obra que apunta a un solo blanco: Chile. Nada más. Pero tampoco nada menos.

La novela, el cuento, el ensayo son los caminos. También la crónica volandera. Ha sobresalido en todos estos géneros; sin embargo, dos merecen tratamiento especial, porque hay en ellos maestría perdurable y ejemplarizadora.

Luis Durand es esencialmente novelista y cuentista, con la discreción que sólo circunstancialmente ha tenido Latorre. Significamos que ninguna de ambas objetivaciones literarias pierde sustantividad, que en su pluma la novela es la novela y el cuento, cuento. Lo común entre nosotros es que se entienda

por aquélla una sarta de éstos, más o menos cosidos o descosidos, cuando no simples relatos o cronicones.

¿Por qué «Sietecuentos»? ¿Y todavía así, en una palabra? Convencional y sugestivo número en nuestra literatura en castellano, desde antes de don Alfonso X. Al zurcir los vocablos, nuestro autor produce la impresión de unidad. Y, en efecto, la hay de contenido y forma.

Desde luego, sorprende la tríade «rotos, animales, vicios», sorprende al que se empeña en desconocer nuestra realidad psicosocial, o al siútico evadido que estima ser de nuestra incumbencia precisamente lo que no nos atañe y exalta en arte a la ficción antes que a la vida, actitud pariente de la que juzga al rábano por las hojas. A nosotros nos extrañaría que un escritor de nuestras costumbres se campoamorizara o iriartizara deparándonos sermones en vez de idiosincrasia desnuda.

En «Afuerinos» nos encontramos con la pareja de rotos flojos más insignes de que haya mención en nuestra literatura, y quizá en literatura alguna. Son perfectamente conocidos nuestros. Remontan al ideal de vida vegetativa andaluz en que el hombre inmerge en el ocio con el celo único de trabajar por no trabajar. Viven a prueba de tentaciones. Son afuerinos, qorpue están de paso siempre. Si alguno experimenta el pecaminoso conato de atentar contra la pereza, ahí está el que lo atalaya, y no cejará hasta reeducarlo, hasta ponerlo en el buen camino, que es el de «irle dando gusto al cuerpo» en la atmósfera incontaminada, pura de la ociocidad.

Ni son más diligentes los protagonistas de «La Picada», y de «Vino tinto». Como el de «La carreta de Juan Mardones», perecen por la pasión elemen-

talísima de la bebida. Rotos con destino trágico, producen un estremecimiento, aun cargados de vicio. Ejercen en nuestra sangre función purgativa, cumplen la agencia más importante del arte, cual es la de confortarnos, la de estabilizarnos y señalarnos la ruta firme suscitándonos el pavor de las muelles y movedizas: ¡Per aspera ad astra!

El que ha zahondado en el róto tiene que hallarse a pocos pasos de la psicología animal, tiene que interesarse por el alma de la bestia. En estos cuentos hay un perro, Calluza; un caballo, Pidén; y un gallo, Cenizo, que constituyen galería encomiablesísima. Nada tan difícil como alcanzarla, pues el comercio fáunico se halla privado del medio intelectual habitual porque comprendemos al hombre, y en ausencia de la palabra se hace necesaria la simpatía intuitiva que columbra directamente. Nadie como Durand, artista de médula cierta, para este oficio, en este ministerio sutil donde la razón queda muy atrás y donde el afecto y el instinto chupan en la vida misma para nutrirse.

Este es el fondo común de la obra entera de Durand: la vida misma. Y taxativamente: la vida chilena, de donde ha extraído las más auténticas paladas, con que nos ofrece un edificio muy alto. Desde el punto de vista que se ha propuesto, el más alto de todos.

Nadie lo aventaja en sustancia ni en espontaneidad. Son docenas los cuentos de antología que lo afianzan entre los clásicos imprescindibles y le aseguran prelación por muchos conceptos, en que hemos insistido y se ha hecho caudal de largo.

Durand es escritor de cepa, esto es, de sustancias, de realidades. No pueden dissociarse en él contenido

y estilo, sin cometer delito de lesa estética. Existen inefables a lo Clemencín que se entretiene en hacerle reparos de «gramática» o de «retórica», sin recordar que estas disciplinas son segundonas y deben callar frente al creador; y sin convenir en que con toda la honestidad a cuestras que las caracteriza, deben acoplarse sólo con estrictez al que nada tiene que decirnos. ¡A este quidam, precisamente, dan en llamarlo «estilista»!

Ojalá que el ejemplo del autor de «Frontera», «Mercedes Urizar» y «La noche en el camino» prenda con insolencia, propague de una vez. Hay que escribir sobre nosotros mismos, sin idealizaciones, sin «moralizaciones». La moralina mata al arte, ¡ay de aquellos que cantan a la «raza fuerte» y otras sonajeras! Tampoco se trata de exaltar a delincuentes. Sólo de proyectar, de encender perfiles, así como proyecta y enciende Durand, sin prejuicios. Captación, sólo captación, nada más que captación. Captar es coger amorosamente en la lengua madre. Captación es lo que piden la novela y el cuento. O mejor, lo que pide Chile a través de la novela y el cuento, como a través de los géneros literarios todos, pues hay gente que nos ha dejado mucha quincalla que ya es tiempo de reemplazar por metales de categoría en un país donde superabundan.

Hay un cuento de Bocaccio leído allá por nuestra infancia, y que no hemos podido olvidar. Es el que se refiere a un candidato católico que hace un viaje a Roma en los bravos tiempos en que los Papas no eran precisamente modelos de virtud. Sin embargo, de lo cual—corrijámonos—a favor de lo cual, nuestro héroe abraza la religión cristiana, y todavía con fervor intensísimo. ¿Por qué? La respuesta que

nos ha dejado es sencilla e inobjetable. Consideró que era la mejor, pues a pesar de sus corifeos, contaba con el mayor número de feligreses en el mundo occidental.

Lo evocamos a propósito del autor de «Campesinos» y «Casa de la Infancia». Le han salido detractores envenados. Puede decirse que la debilidad de muchos ha organizado su fuerza contra él, y ya se cuentan algunos usufructuarios azarosos en que se actualiza aquello de «a río revuelto...».

Llega el instante en que puede ayudarnos a juzgar el personaje de Bocaccio, habida consideración de que Luis Durand cuenta con el mayor número de lectores en el país. Son decenas de miles los ejemplares de sus obras que nos hacen respirar el aire salubérrimo de nuestra propia conciencia. Y sólo sabiendo lo que somos podemos corregirnos, abandonar lo que nos hace menos y conseguir lo que nos haga más.

«HEREDAD DEL HOMBRE», de Altenor Guerrero. Ediciones Flor Nacional.

Hermoso título, ponderado.

Conocemos largamente al autor, desde su adolescencia, inspirada siempre por el amor de la buena literatura, y sobre todo por la devoción de la tierra austral, patria de buen gusto.

Por el atinado comentario crítico de Gustavo Muñoz en la revista *Travesía*, sabemos que Guerrero hizo selección somera al publicar este libro, y suponemos que—debiendo no incluir algunos—no olvidó otros de más enjundia.

Notable por el volumen de su mensaje terrestre,